

Prólogo

COMO AFIRMAN los editores de este *Epistolario*, son las de Guillermo de Torre y Ricardo Gullón biografías sorprendentemente paralelas. Pocos años se llevaban quienes terminarían por ser dos de los más grandes críticos literarios del siglo XX: Torre nace en Madrid, en 1900, y Gullón nace en Astorga (León), en 1908. El ambiente social y las presiones familiares los llevaron –como a tantos otros– a estudiar Derecho, una obligación no deseada que Torre abandonó en seguida y que Gullón tardaría más tiempo en desligarse de ella. En cualquier caso, la devoción, la pasión por la literatura, acabó primando. Ambos se dejan llevar muy jóvenes por la tentación creadora en el ámbito de las vanguardias: Torre, como poeta ultraísta, y Gullón como novelista de corte intelectual o «deshumanizado», a ejemplo de su admirado Benjamín Jarnés. Ambos impulsan también en los años 30 revistas renovadoras. Los dos ejercieron la crítica tanto desde el ensayismo de larga distancia –Ortega y Gasset siempre de norte– como desde la inmediatez de la actualidad periodística en diversos medios: *El Sol*, *ABC*, *Ínsula*, *Índice*, *Revista de Occidente*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Sur*... A partir de los años 40 y 50, Torre y Gullón alcanzan su plena realización profesional como profesores de Literatura española en universidades americanas: el primero en la de Buenos Aires, y el segundo en la de Río Piedras de Puerto Rico y, más adelante, en otras estadounidenses. Como se irá viendo, no son estos los únicos paralelismos entre nuestros dos críticos.

El *Epistolario* que los lectores tienen en sus manos es rico en noticias de todo tipo, aunque las más importantes sean, naturalmente, las literarias. La correspondencia aquí reunida se inicia en 1934 y se cierra en 1970, un año antes de la muerte de Guillermo de Torre. La respetuosa distancia con que se tratan en las primeras cartas da paso de inmediato a una franca familiaridad. Son particularmente emotivas las cartas escritas durante la guerra. Frente a la cómoda distancia de Torre, asentado en el Buenos Aires de su esposa, la pintora Norah Borges, Gullón transmite los no pocos momentos de zozobra que vive con su familia en Alicante: su alistamiento en el ejército republicano a fines de 1938, el fallecimiento de su primo y amigo del alma, el poeta Juan Panero, la grave enfermedad que contrae y que lo pone al borde de la muerte, la prisión de la que sale pronto gracias a la mediación de sus amigos falangistas, Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco, la purga a que es sometido luego en su calidad de fiscal de la República (en el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca hay un expediente abierto a su nombre –vacío– por la infundada acusación de haber pertenecido a la masonería)... Son circunstancias de las que Gullón ha dejado testimonio en unas emotivas páginas autobiográficas todavía inéditas¹.

El equilibrio ideológico de que hacen gala en horas tan difíciles lo supieron trasladar también al ejercicio de la crítica. En la polémica que, en 1937, Torre sostiene con Antonio Sánchez Barbudo, partidario de un arte politizado, Gullón toma partido por su amigo. La conclusión es que, cuando de arte y literatura hablamos, no todo vale, por muy benéficos y filantrópicos que sean los fines. Las palabras que, con relación a esta controversia, escribe Emilia de Zuleta en su monografía sobre Guillermo de Torre, sirven igualmente para definir la conducta entonces y luego de Ricardo Gullón:

En plena guerra civil española, y a pesar de sus decididas simpatías por una de las posiciones en pugna, [Torre] sostiene con Sánchez Barbudo una polémica en defensa de un arte donde lo estético no sea desvirtuado por el servicio a una causa. En esto se parecen comunismo y fascismo, al considerar el arte y la literatura como un medio. Torre nació en un ámbito literario; la generación siguiente ha surgido en un área política. Tal vez por eso le

¹ Javier Huerta Calvo, “Las Memorias inéditas de Ricardo Gullón”, *ABC. Castilla y León. Artes y Letras* (30-IX-2017), pp.74-75.

PRÓLOGO

repugna al crítico todo intento de dirigismo, y por eso también sostiene su convicción de que el arte nuevo debería ser integración de lo individual y de lo social.²

Es una polémica que resurgirá años después —en la década de los 60— a raíz de un artículo de Juan Goytisolo en defensa de la novela social y *engagée* (carta 108).

Volviendo a los años de hierro, nada fácil le debió ser al fiscal republicano que había sido Gullón, primero en Soria y luego en Alicante, acomodarse al nuevo régimen surgido del 1 de abril de 1939. Más grato fue el nuevo destino que le tocó en suerte: la ciudad de Santander, que en los años 40 vive un milagroso renacer cultural: el grupo *Proel*, con dos poetas de primera fila, José Luis Hidalgo y José Hierro, la Escuela de Altamira, la Universidad Menéndez Pelayo... De todo ello Gullón le informa en sus cartas, así como de las nuevas revistas que aparecen en otras ciudades españolas: *Escorial*, *Espadaña*, *La Estafeta Literaria*, *Leonardo*... Pese a la falta de libertades, Gullón tiene interés en mostrarle al amigo lejano que en la patria esquilmada se sigue trabajando y creando. Y contra quienes, desde el exilio, «no queriendo o no pudiendo sobreponerse a otras cosas, descartan su curiosidad de lo que ahí se hace» (carta 28), Torre se lo reconoce. El asunto todavía colea, y no son pocos los que defienden la teoría del «erial».

La correspondencia lleva aparejada el intercambio de libros. Gullón le manda su pionero ensayo *Novelistas ingleses contemporáneos*, su *Vida de Pereda*. El método biográfico de este último no es del agrado de Torre, pues —se pregunta— «¿puede ser enteramente satisfactorio una biografía sobre un escritor si, al no violar o ampliar un poco los límites del género, deja fuera la crítica de lo que es en él esencial, la obra?» (carta 28). En estos y otros juicios se advierte que Torre —dedicado con exclusividad a la crítica— le llevaba unos cuantos cuerpos de ventaja a Gullón. Al tiempo le señala la conveniencia de olvidar a los mediocres como objeto de análisis, y elegir a los mejores, en este caso al gran novelista del realismo, esto es, Galdós. Es una recomendación de la que Gullón toma buena nota. Pocos años después, en 1958,

² Emilia de Zuleta, *Guillermo de Torre*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962, p.52.

escribe un extensísimo estudio preliminar –más de trescientas páginas– al frente de su edición de *Miau*. Entusiasmado, Torre lo valora como un «re-descubrimiento de Galdós» (véase el artículo así titulado en el Apéndice).

En reciprocidad, tampoco Gullón oculta sus desacuerdos con Torre. Así, por caso, al reseñar su libro *Menéndez Pelayo y las dos Españas*, le reprocha no haber sabido hallar el «punto de concordia» que suscita la obra del gran polígrafo, como lo demuestra su amistad con Pereda y Galdós, ambos en los antípodas ideológicos. Pero Gullón no escatima elogios para el autor de la *Historia de las literaturas de vanguardia*, en su opinión, «el crítico mejor informado, el erudito más competente en literatura contemporánea, demostrando que la erudición no ha de referirse necesariamente a un pasado más o menos remoto, sino que puede servir para aclarar y precisar el panorama de lo presente, mostrando las conexiones entre movimientos y escritores de diversas latitudes y situados (a veces) a relativa distancia en el tiempo» («Guillermo de Torre, o el crítico», Apéndice). También en este punto vuelven los paralelismos. Que ninguno de los dos siguiera la carrera habitual de un filólogo al uso pudo suponerles cierta limitación a la hora de transitar por los periodos antiguos de la historia literaria, pero a la postre esa limitación fue una ventaja, y les hizo volcarse en el ejercicio más arriesgado de la crítica, es decir, en el juicio de lo inmediato y actual, de aquello que el paso del tiempo aún no ha puesto en su sitio. Además, practicaron con singular pericia el comparatismo, una asignatura casi siempre pendiente de la filología española. Y añadieron la perspectiva interdisciplinaria que exige contar con la crítica de las otras artes: pueden compararse en este sentido los estudios de Torre sobre Picasso, Goya incluidos en *La aventura y el orden*, con *De Goya al arte abstracto*, de Gullón, impulsor también del movimiento Escuela de Altamira³.

El intercambio de ambos escritores nos suministra datos extraordinarios para entender la cultura del franquismo. Por ejemplo, después de años sin pisar España, Torre se plantea el regreso, y Gullón le recomienda prudencia y discreción:

³ Véase el completísimo monográfico coordinado por Miguel Cabañas Bravo, y Paula Bañero López (eds.), con el título de *La escuela de Altamira y Ricardo Gullón* para la revista *Astorica*, 32 (2013).

PRÓLOGO

Teniendo en cuenta que tú no has actuado en política ni tuviste en la guerra intervención de ninguna clase, no creo que trayendo de ahí tus papeles en regla pueda aquí nadie causarte perturbación seria. Sería deseable que en los periódicos se hablara lo menos posible de ti y de tu viaje, pues en otro caso podría temerse algún ataque aislado que se basara en hechos como el que según crees te imputa Tovar. No creo en la trascendencia de tales ataques, pero tú vienes aquí a descansar, y a vivir una temporada de descanso con tus padres, y por lo tanto habrían de resultarte desagradables (carta 61).

El franquismo no fue, sin embargo, un periodo absolutamente monolítico ni en lo político ni en lo cultural, y los niveles de tolerancia tampoco fueron los mismos. Las cartas de Gullón testimonian las disensiones entre las familias del régimen. En esta de 1953 denuncia la actitud retrógrada de una de ellas con relación nada menos que a don Miguel de Unamuno:

Las noticias de España no registran cambio alguno, pero te diré que yo este año en la Universidad, en una de las conferencias, censuré abiertamente la prohibición del *Cancionero* de Unamuno, y justamente aquella mañana estaban presentes en la cátedra el Director General de Enseñanza Universitaria y los rectores de Oviedo y Madrid y todos tres estaban de acuerdo conmigo en que esa prohibición era intolerable. La postura intransigente viene por parte de los grupos del Opus, y dista mucho, por fortuna, de ser compartida por la mayoría de los intelectuales que allí están en puestos directivos (carta 71).

Tampoco se salva del celo inquisitorial Luis Cernuda, sobre quien Gullón escribe un ensayo que la censura prohíbe:

[...] La censura ha prohibido hace unos días *La poesía de Luis Cernuda* que ya había corregido en segundas pruebas y estaba para salir en este mes. Lo absurdo de la decisión, pues el libro es estrictamente de crítica poética, hace creer que podremos conseguir que sea revisada y dejada sin efecto (carta 64).

Doce años después la situación no había cambiado demasiado. Unamuno seguía en el ojo del huracán para los sectores más carcas de la Iglesia, y al igual que Pérez Galdós:

En Madrid encontré demasiados pequeños grupos, hostilidades sordas, resquemores menudos y aversiones grandes. Aranguren es de los pocos en quienes los jóvenes tienen alguna fe. La Iglesia todopoderosa e intransigente: el obispo de Bilbao impidió que se levantara allí un monumento a Unamuno; el de Canarias lanzó una pastoral contra Galdós y quiere que clausuren la Casa-Museo de Don Benito, en Las Palmas (carta 179).

Por lo demás, el diálogo brilla a gran altura entre Torre y Gullón, cuando cruzan opiniones acerca de conceptos discutibles de la crítica y la historiografía, como el de «generación». Con el ascendiente de Juan Ramón Jiménez, Gullón cree cada vez menos en la existencia de una generación del 98 opuesta al Modernismo, según lo defienden numerosos teóricos del interior, como Laín Entralgo, Marías o Guillermo Díaz-Plaja:

Aunque de algunas cuestiones te hablaré o hablaré en la reseña proyectada, déjame anticiparte que mi creencia en las «generaciones» se desvanece cada día más. Es consecuencia de la pereza y cuando uno se acerca a las obras es fácil ver que las vaguedades establecidas por los teóricos del tema no soportan la prueba del cotejo entre los textos. Claro es que «movimientos» no son generaciones: en el surrealismo o en el ultraísmo hay un espíritu de grupo que en 98 ni hay ni creo que pudiera haberlo dado de quienes se trataba (carta 193).

Costó que la tesis de Gullón se abriera paso, pero hoy son pocos los que defienden el ya anticuado método histórico de las generaciones. Para entonces al buen crítico astorgano le interesaba, sobre todo, la verdad del texto, la obra en sí, por encima de otras valoraciones extraliterarias. Su *Poética para Antonio Machado*, en la que vindicaba al poeta más hondo y misterioso de *Soledades y Galerías* frente al más popular de *Campos de Castilla*, fue un compendio de esas ideas, y así lo entendió Guillermo de Torre tras su lectura:

Estoy viendo algunas páginas de tu libro sobre la poética de Antonio Machado. ¡Qué formidable me va resultando ese sistema de críticas verdaderamente inventado a cada página! Con él me siento más conforme que con la estilística y otras menudas zarandajas. En fin, hablaremos de todo eso si tengo la suerte de encontrarte en Madrid, para donde parto dentro de pocos días y donde me quedará una larga temporada (carta 213).

PRÓLOGO

En fin, estas son unas pocas notas sobre lo mucho de interés que el epistolario contiene. No tuve la fortuna de conocer a Guillermo de Torre pero sí pude beneficiarme, en el último tramo de su vida, del magisterio de Ricardo Gullón a través de conferencias, cartas y conversaciones en la editorial Taurus, a la que estuvo siempre muy vinculado. Alguien que lo conoció muy bien, el profesor Darío Villanueva, ha escrito esta semblanza suya que pudiera aplicarse también a su amigo Guillermo de Torre:

Ricardo Gullón fue un hombre apasionado por la escritura y el cultivo de las Humanidades en su sentido más trascendente, y ello, por sí solo, justifica la pervivencia de su huella entre nosotros. Y es que en el campo de las letras españolas contemporáneas todos, en una forma u otra, somos discípulos a la sombra de la figura de un maestro por excelencia como él. Lo fue no solo en la cátedra y a través de sus muchas publicaciones de erudición y crítica, sino también, y quizá por encima de todo, debido a que su conducta ética y gran humanidad proyectaron y enriquecieron sobremanera esos otros valores intelectuales que acabo de destacar.⁴

Corren tiempos no muy felices para la crítica literaria. Además de desarraigarla de su tradición humanística, los secuaces de las teorías desconstruccionistas están llevando la que fue una noble disciplina a una especie de Babel crítico dominado por «la jerga con frecuencia repulsiva, [el] oscurantismo artificial [y las] engañosas pretensiones de tecnicismo» que hacen ilegible la mayoría de sus presuntamente rigurosos análisis.⁵ Desde que George Steiner escribiera estas palabras, han pasado ya treinta años, y la situación, lejos de aclararse, ha empeorado hasta extremos casi grotescos con el auge de los llamados «estudios culturales», de identidad, de género y otras pamemas que viene jaleando el imaginario posmoderno a mayor gloria de la cada vez más omnívota y poderosa Corrección política.

Así es que, en mi opinión, libros como el presente, que recoge la aventura intelectual de dos gigantes del pensamiento literario del siglo XX, pueden cumplir cierta función pedagógica y ejemplarizante para quienes siguen

⁴ Darío Villanueva, «Teoría y crítica en la obra de Ricardo Gullón», en *Ricardo Gullón: crítica literaria y modernidad en la España del siglo XX*, ed. J. Huerta Calvo, Madrid, Ediciones del Orto, 2010, p.13.

⁵ George Steiner, *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?* [1989], trad. Juan Gabriel López Guix, Madrid, Siruela, 2017.

honestamente implicados en la tarea de comentar los textos literarios, al fin y al cabo –se lo escuché a mi maestro, don Francisco López Estrada, poco antes de morir– la tarea principal que todo profesor y crítico debe hacer a lo largo de su vida.

Han puesto en admirable orden esta aventura Pablo Rojas y Carlos García, muy familiarizados ambos con el periodo de las vanguardias y, en particular, con la figura de Guillermo de Torre, «un humanista del siglo XX», como justamente lo consideran en un libro de próxima aparición.

Por todas estas razones me complace abrir una nueva colección de la Editorial de la Fundación Universitaria Española, «El arte de la crítica», con este epistolario entre dos de sus máximos representantes en el siglo XX.

JAVIER HUERTA CALVO

*Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid
Codirector del Seminario Menéndez Pelayo
Fundación Universitaria Española*